



ZABALAITZ

(Foto y texto de "Pakol")

ZABALAITZ

Siempre que hemos arribado a Aránzazu prestos a ascender a la sierra de Aitzgorri, nuestra primera ojeada ha sido para aquella peña de aspecto poliédrico que emerge al fondo de las verdes laderas de Enaitz, por donde, entre árboles y helechos, sube trazando curvas de alivio el ora arcilloso y ora pedregoso camino que, al fin, halla desahogo en el collado de Elola o Elorrola.

Si hemos madrugado y aún predominan las sombras en los alrededores de Aránzazu, el reflejo rojizo del plano Oeste de esta peña nos anunciará la esplendidez del sol que hace algún rato despertó. Puede también que su relucir plomizo nos hable de lluvia.

En cambio si, oculta a nuestra vista, las nieblas la tienen arropada causándonos la sensación de que el conocido paisaje ha sido decapitado, no podrá asegurarse una jornada apacible en los picos de la sierra ni en las mismas prederas de Urbía.

Esta peña es Zabalaitz, cancerbero natural de Urbía, ya que su situación le hace enfrentarse con el excursionista que llega por el collado de Elola, una de sus puertas de acceso.

Alcanzado este lugar, la aparición de los gigantes de Aketegui hará variar nuestra apreciación sobre Zabalaitz; mas, no obstante, su modestia, el excursionista que piense alcanzarla con excesiva facilidad, se verá sorprendido con la leve dificultad de su roca cimera.

Desde su cumbre y tal como las águilas lo verán, veremos moverse a diminutos seres —pastores que se dirigen a la ermita o montañeros que salen del refugio— en este Belén de Urbía sonorizado por auténticas esquilas y los balidos de las miles de ovejas que motean con intensidad estas ricas praderas, acordonadas por cimas calizas.

Desviadas de su rebaño, tres de estas ovejitas se han acercado a la peña de referencia —Zabalaitz— no sabemos si por el manantial que en este lugar brota o a curiosar nuestra casita de lona.

Sea por lo que fuere, no parecen inmutarse por los ronquidos del amigo que sesteaba bajo ella.